

# MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación  
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen I

Edición de Juan Paredes

GRANADA  
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal ante la Literatura Medieval

Ha tenido suerte la Literatura Española con los artífices de la ordenación de su inmenso legado, la valoración de sus mensajes, la construcción de su andamiaje histórico y, por consecuencia, los derroteros de sus enjuiciamientos críticos nacidos desde su iniciación dando a esa crítica un tratamiento como si de creación artística también se tratase. Y eso ha sido posible por la presencia al frente del empeño de un Menéndez Pelayo redondeado y prolongado en su tarea por Menéndez Pidal completando el ciclo el inicial magisterio de Milá y Fontanals, hacia atrás, y de Dámaso Alonso –veneración magistral, aportación crítica y temblor poético– hacia adelante. No aconteció así en otras literaturas: valga el ejemplo de las letras portuguesas. Mas que la ejemplar labor de ordenación que llevó a cabo Menéndez Pelayo, en el caso lusitano, Teófilo Braga desorganizó el legado literario que tuvo entre manos y, caso muy frecuente entre los portugueses, pero que con él adquirió carta de naturaleza, un obsesivo criticismo erudito fue tejiendo y deshaciendo hasta que algunos lusitanistas consiguieron ofrecer derroteros seguros que en el caso de lo español ya estuvieron marcados desde un principio por Menéndez Pelayo y fue él, además, quien con sus “parodias” –adoptando el lenguaje de Dámaso– constantemente iba haciendo luz a lo largo de su trayectoria creadora rectificando apresuradas apreciaciones o “flashes” desconcertantes durante sus juveniles y apresuradas lecturas.

Milá dirigió la profunda mirada interrogatoria hacia la Edad Media que condicionó el acierto al enjuiciar ese período de nuestra literatura no solo por Menéndez Pelayo, sino por el propio Pidal que llevaron hacia la valoración de la poesía popular que no acertó a valorar, en un principio, don Marcelino, pero que se convirtió en el gran logro de don Ramón; es la explicación del acierto de saber contemplar por Menéndez Pelayo el panorama completo de nuestra literatura peninsular, luego completado con su justa valoración de las creaciones poéticas de las letras americanas y de nuestras literaturas regionales que tienen su doble paralelo en Pidal en su interés por la lengua común de ambas orillas del océano y

por la riqueza dialectal de nuestro mundo lingüístico. Ya arrancaba, desde Milá, la ventaja de este ambiente investigador que se forjaba en España respecto al que iba surgiendo en el friso portugués: la mayor calidad y vigencia del *Romancerillo catalán* recogido por el autor de la obra *De los trovadores en España* respecto al *Romanceiro* de Almeida y Garret y no explicada esta primacía porque mediasen treinta y tantos años entre la recolección del escritor de Oporto y el catalán castellanizante nacido en Villafranca del Penedés.

Lo ha dicho con su esquematismo lírico, que adelanta aparentes obviedades, el propio Dámaso: “Lo dicen todos los libros que hablan de estos tres investigadores: Menéndez Pelayo fue discípulo de Milá, y Menéndez Pidal lo fue de Menéndez Pelayo”. En esas tres líneas está la explicación de mi afirmación inicial: ha tenido suerte la literatura española. Y es el propio don Marcelino el que traza la línea de esta triple dedicación coordinada hacia la iluminación de nuestra literatura medieval. Cuatro años antes de morir escribió –siempre sus atisbos– estas esclarecedoras líneas: “Su método –se refería al de Milá– vale todavía más que sus conclusiones: estas podrán ser modificadas en algún detalle, pero el procedimiento es seguro, infalible, casi matemático. Pudo equivocarse, y se equivocó alguna vez, por falta de datos, pero interpretó y combinó admirablemente todos los que poseía, y los hizo servir para una demostración luminosa, que un gran discípulo digno de él, el joven autor de *La Leyenda de los Infantes de Lara*, ha reforzado y completado con importantes corolarios”. Por eso, tras unos años de desconcierto, hoy se vuelve a la necesaria lectura de Menéndez Pelayo porque el error estuvo en no acercar a los jóvenes a leerle directamente sino a través de fragmentos o de resúmenes globales que nos transmitían los manuales en los que, lo que más destacaba, eran los errores o los vacíos que ya en cada cita se venían multiplicando hasta hoy en que se verificaban las lecturas que habían restaurado los textos por investigadores posteriores que lo hacían a su vez con la aceptación del magisterio de don Marcelino y sin aspavientos de escándalo: valga el ejemplo de las aportaciones de Spitzer, Lecoy, Petriconi, Americo Castro o María Rosa Lida al texto esencial del magistral estudio de Menéndez Pelayo sobre el Arcipreste de Hita o de otras bibliografías en torno a completar lo que sobre *La Celestina* dejó escrito el maestro de Santander... o la vigencia increíble de su crítica –o mejor dicho– de su prosa de auténtica creación sobre Berceo, válida después de tanto tiempo para el Berceo de la enseñanza superior o secundaria como para el Berceo que interesó a modernistas y noventaiochistas: el Berceo de Menéndez Pelayo es el que está vivo en Rubén, en Machado o en Azorín. O volvamos a otro texto de Dámaso: “... la *Celestina* que tengo grabada en mi mente –y estas palabras las escribió ya en 1956– es la que la intuición de Menéndez Pelayo me transmitió, o el Juan Ruiz que está ya fijo en mis pupilas procede de las suyas”.

Solo en Menéndez Pelayo, dentro del friso de nuestra literatura, es posible calibrar la claridad, importancia y peso en volumen que éste daba a nuestra literatura medieval aportando los textos correspondientes a las lecciones de este período en su *Programa* preparado para realizar sus oposiciones a Cátedras; caso insólito de un programa, la mayor parte de las ocasiones realizado para cubrir exigencias administrativas, que es el caso de don Marcelino, que mereció ser publicado en una revista como *Cruz y Raya* –sus *Ediciones del Arbol*, como otro más de sus libros, seleccionando un texto para su sección de *Crítica* tan meticulosamente realizadas por Bergamín–, revista muy volcada hacia el campo de la pura creación literaria y, desde luego, muy rigurosa en la selección de colaboraciones de investigación pura y original: Menéndez Pelayo, Vossler o Pidal como raros botones de muestra.

De las cien lecciones de que consta su programa, las correspondientes a la lección 15 a la 49, corresponden a las letras medievales y causa asombro como aquel andamiaje permanece válido prácticamente hasta hoy –más enriquecido en Menéndez Pelayo, sobre todo, con su atención a las letras portuguesas o al interés por lo provenzal que le venía de Milá– e intuyendo incluso caminos que andaría la investigación posterior a 1912, fecha de su muerte: *aquella sombra* –Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo– que nos cuenta Dámaso pasó por su vida de niño. A propósito del más transcendental hallazgo en relación con nuestras letras medievales que se ha producido, el de las “cancioncillas de amigo” mozárabes que han estirado un siglo más hacia atrás la poesía española también no tuvo reparo en escribir Dámaso: “Menendez Pelayo tuvo ya un atisbo”. Y si husmeó con tanto tino en asunto tan imprevisto entonces con cuanto atino supo moverse a través de esa literatura medieval que ordenó a lo largo de las 35 lecciones consagradas en su programa de oposiciones que desgranó a lo largo de sus libros –*Antología de poetas líricos castellanos*, *Orígenes de la Novela*, *Historia de las ideas estéticas en España*, *Bibliografía Hispanolatina clásica* y esos largos etceteras siempre obligados al referirnos a don Marcelino.

Pese a la valiosa tarea desarrollada por don José Amador de los Rios puede afirmarse rotundamente que hasta Menéndez Pelayo no contamos con una decisiva historia de la literatura española que ha llegado hasta nuestros días con increíble validez y valores de actualidad y sobre cuyo cañamazo pudo realizar sus estudios Menéndez Pidal porque ambos no consumieron sus esfuerzos en demoler obras ajenas y precedentes –sin duda llenas de vacíos y de errores– antes de sobre esta tradición construir las bases de sus trabajos personales que acentúan sus perfiles precisamente cuando surgen con el abolengo de tradiciones muy tenidas en cuenta y respetadas; lo que no quiere decir que sean aceptadas como inmovibles. Cuanto más pesa la tradición y no se oculta valdría esgrimir la famosa

“glosa” d’orsiana: “lo que no es tradición es plagio”, con unos perfiles nuevos de aportación original se alza la obra crítica o el quehacer histórico y eso es lo que deja ver, todavía hoy, en nuestra construcción de lo más valioso de la Historia de la Literatura española las aportaciones vivas de un Milá, de un Menéndez Pelayo o de un Pidal y su escuela tan rica de matices. No obstante a lo dicho, Menéndez Pelayo sabía como lo dejó claramente escrito en sus “Advertencias preliminares” a su *Historia de los Heterodoxos*: “Nada envejece tan pronto como un libro de historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla. El que sueña con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de las noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse a cualquier otro género de literatura, y no a este tan penoso, en que cada día trae una rectificación o un nuevo documento. La materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo y a perseguir la verdad donde quiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor a pasar por inconsecuente”.

Es significativo que a través de sucesivas antologías cuajen las más importantes aportaciones serias para la estructuración de la historia moderna de nuestra literatura nacional: el *Romancerillo* de Milá, la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez Pelayo, la *Antología de prosistas españoles* de Pidal y la *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional* de Dámaso Alonso... Antologías que se alzan sobre la vivificación de la edad Media literaria que Pidal pone socialmente en pie a través de las páginas de su *poesía juglaresca y juglares*, visión de conjunto en línea con la tarea complementaria que le llevó a escribir los tres volúmenes de su edición del *Poema* y los dos de *La España del Cid* acuñando así su mejor imagen de filólogo en la que cuenta el historiador, el crítico literario y el lingüista: esa es la auténtica dimensión europea de sus maneras de trabajar y lo que constituye la originalidad de su postura ante nuestra literatura medieval.

Con veinte y cuatro años –bien pertrechado de magisterios que tuvo la fortuna de encontrar– Menéndez Pidal vio premiado por la Real Academia Española su estudio sobre el *Poema del Cid* y tres años más tarde vio la luz –premiado entonces por la Real Academia de la Historia– su libro sobre *La leyenda de los Infantes de Lara*. Pidal inicia así el camino de explicar a españoles y extranjeros nuestra epopeya medieval. Y la tradición de nuestro legado literario medieval influye, más de lo que ha calado en resaltar la crítica, en la sensibilidad literaria de nuestra literatura del siglo XX a través de la Antología románica de Dámaso y de poesía árabe andaluza de García Gómez que son posibles gracias a los afanes de sus maestros don Ramón Menéndez Pidal y don Miguel Asín.

Los frutos de lo que venimos resaltando como tarea coordinada, nunca encrespada en afirmaciones o tentaciones dispares entre los textos de M. Pelayo y los de M. Pidal se explican en que contra lo que hubiese parecido más usual se adelante

en el tiempo la construcción de la síntesis total de Menéndez Pelayo a la labor analítica y minuciosa de Pidal. Dámaso Alonso acertó a dar un manotazo al método generacional para atisbar lo que representan M. Pelayo y Pidal en nuestra década de los cincuenta, algunos años después de que Pedro Lain recurriese al enfoque generacional para enfrentarse con la interpretación de la inmensa figura de don Marcelino. Y Dámaso lo hizo precisamente por la postura y la manera de trabajar de ambos ante nuestra literatura medieval; lo generacional estorbaba para explicar que, por encima de cronologías, Pidal se nos ofrecía más como discípulo de Milá, el *De la poesía heroico-popular castellana*, que el propio don Marcelino y, realmente, nos llega hoy –son palabras de Dámaso– como “discípulo de su propio genio y creado solo por él saltando ese falso nexo que se nos tendía entre Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal”.

De cara a la Edad Media Menéndez Pelayo acertó a superar la realidad española echando mano de lo que el mundo del pensamiento aireaba más allá de nuestro mundo cotidiano: ahí está el secreto de sus *Ideas Estéticas*, su monumental *Antología* o el empeño de los *Heterodoxos*; al igual Pidal arranca desde la ignorancia en España de los derroteros que seguían los métodos científicos europeos y sorprende con la técnica, el método, el léxico que condicionan desde *Los Infantes de Lara* y su *Manual de Gramática Histórica* a los modernos investigadores de su escuela. Ambas posturas –entrelazadas por una voluntad de tratar lo histórico crítico como si de creación literaria de primera mano se tratase– es lo que explica la lozanía, atractivo y pujanza de la literatura medieval española que se incorpora al mundo cultural europeo a partir de los trabajos de ambos investigadores tan distintos, tan dispares, pero tan complementarios, laborando al revés de como por entonces se venía produciendo en el campo de nuestra propia erudición literaria en la que parciales recogidas de datos, hallazgos documentales y detalles precisos y pequeños, precedían a la elaboración de estudios generales o de síntesis.

Ambos, don Marcelino y don Ramón, a los que yo denominé *Nuestros viejos* como título de un artículo publicado en aquella antigua revista *Ínsula* tan entrañable, se obsesionan por los orígenes de nuestra lírica; vimos como el primero intuyó lo que estaba por descubrir y Pidal pudo alcanzar el hallazgo y corroborar la significación de lo que aportaban a los orígenes de las letras europeas desde el campo de la semítica.

Ninguna lengua moderna ha sido investigada en sus *origenes* –y la palabra pasa al título de una de sus obras de más empeño– con más dedicación y minucioso rigor científico que la española. No es que Pidal anticipase lo que se iba a hacer después desde otros laboratorios y seminarios universitarios europeos sino que lo que desde éstos se llevó a cabo lo realizaron seducidos por el

magisterio que imponía el lingüista español. Obsesionado por sus grandes murales interpretativos de nuestra literatura medieval M. Pelayo no prestó atención a los pormenores que rodeaban la transmisión del texto que manejaba. Esto es lo que realiza con suma perfección Pidal cuando se adentra por el enramado bosque de nuestros textos épicos o nuestras crónicas. Él, en el campo de los romanistas, y Asín, en el de los estudios semíticos, acercan las técnicas de investigación de nuestro país a lo que se venía haciendo en el resto del mundo mas avanzado, internacionalizando nuestra investigación lingüística si bien ya convendría espiar por los epígrafes sobre temas lingüísticos en las lecciones de su programa de oposiciones tan nuevo y sorprendente –como ya resaltamos– de lo que venía siendo usual en aquellos años.

Lo que sorprende de Menéndez Pelayo es que desarrolló toda su ingente labor viviendo cuarenta y tres años menos que Pidal; he señalado en muchas ocasiones, también, que la labor literaria de Angel Ganivet la desplegó viviendo treinta y nueve años menos que la de su compañero de oposiciones Miguel de Unamuno nacido un año antes que Ganivet. También Ganivet venía planteando un problema para los partidarios de la aplicación del método generacional ya que, de acuerdo con los clásicos postulados, participa plenamente de lo que entendemos por generación del 98 en el campo literario. Pidal pertenece a esa misma generación por muchos motivos; Dámaso Alonso ha resaltado lo que yo estimo rotundo talante noventaiochista: el joven matrimonio Pidal –don Ramón y D<sup>a</sup> María Goyri, recién casados recorriendo Castilla –el gran descubrimiento de toda la generación– para verificar datos geográficos del *Poema del Cid* y recogiendo romances. Entre los rasgos más esenciales de los literatos del 98 está su acercamiento a los escritores y a los héroes de la Edad Media y así como muchos tienen otros abolengos literarios que van de Costa o Larra a Ibsen o Baudelaire en este descubrimiento de Castilla, hoy tan troceada e ignorada, su abolengo lo tienen a mano en uno de los integrantes de la generación: el Pidal que publica precisamente, en 1898, su estudio sobre las *Crónicas generales de España*. Es el año de los *Trabajos de mio Cid* de Ganivet. No es sólo Castilla –que lo es– la Edad Media de los del 98, desde la niña de nueve años del poema en los versos de Machado hasta la evocación de Juan Ruiz en la prosa o crítica literaria de Azorín, tienen su abolengo en Pidal: esa “simpatía –sorprendía don Angel Valbuena– hacia lo medieval literario” como el Berceo de noventaiochistas y modernistas es el Berceo de la evocación lírica personal y de encontronazo de Menéndez Pelayo y sobria, ajustada y precisa de Pidal.

Nuestra literatura medieval, por esa conjunción de lo cristiano, lo árabe y lo judío, se alzaba como acentuado perfil entre las otras literaturas románicas pero ese mundo literario tuvo suerte, como dije al principio de esta apresurada síntesis,



con que Manuel Milá i Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal se acercasen a ese mundo con tanta vocación y tanta sabiduría, con tanto rigor y tanto estudio. Y nos dejaran textos que actualmente gozan de asombrosa validez y asombran por su lozanía y actualidad.

A. GALLEGO MORELL  
Universidad de Granada